

Agatha Mystery

Primera edición: septiembre de 2012

Título original italiano: *Missione safari*

Textos: Sir Steve Stevenson

Editing: Mario Pasqualotto

Cubierta original e ilustraciones: Stefano Turconi

Adaptación del diseño y maquetación: Emma Camacho

Edición: David Sánchez Vaqué

Coordinación editorial: Anna Pérez i Mir

Dirección editorial: Iolanda Batallé Prats

Proyecto editorial de Atlantyca Dreamfarm s.r.l., via Leopardi, 8 - 20123
Milán, Italia

© 2012 Istituto Geografico De Agostini, S.p.S., Novara, por la edición
italiana

© 2012 Andrés Prieto Fernández, por la traducción

© 2012 La Galera, SAU Editorial, por la edición en lengua castellana

Derechos internacionales © Atlantyca S.p.A, via Leopardi, 8 - 20123
Milán, Italia. foreignrights@atlantyca.it, www.atlantyca.com

La Galera, SAU Editorial

Josep Pla, 95

08019 Barcelona

www.editorial-lagalera.com

lagalera@grec.com

Impreso en Limpergraf. Mogoda, 29-31 Pol. Ind. Can Salvatella.
08210 Barberà del Vallès

Depósito legal: B-19.718-2012

Impreso en la UE

ISBN: 978-84-246-4181-8

Cualquier tipo de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra queda rigurosamente prohibida y estará sometida a las sanciones establecidas por la ley. El editor faculta al CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) para que autorice la fotocopia o el escaneo de algún fragmento a las personas que estén interesadas en ello.

Sir Steve Stevenson

MISIÓN SAFARI

Ilustraciones de
Stefano Turconi

Traducción de Andrés Prieto



laGalera

OCTAVA MISIÓN

PARTICIPANTES



Agatha

Doce años, aspirante a escritora de novela negra, tiene una memoria formidable.



Larry

Chapucero estudiante de la prestigiosa escuela para detectives Eye.



Mister Kent

Ex boxeador y mayordomo con un impecable estilo británico.



Watson

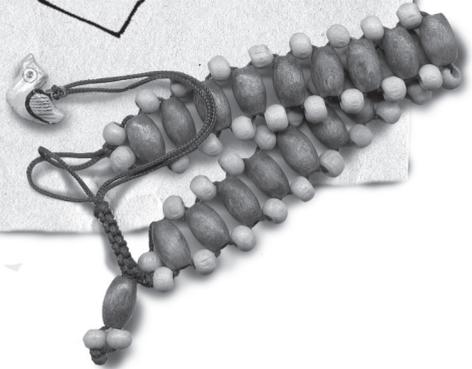
Pestilente gato siberiano con el olfato de un perro conejero.



Haida

Pelo corto y físico espectacular. Dirige la empresa Safari sin Fronteras.

DESTINO: KENIA



OBJETIVO

Encontrar un raro ejemplar de jirafa blanca desaparecido misteriosamente de la reserva nacional del Masái Mara, en medio de la sabana.

A Lucilla

Doy las gracias a Matteo Cortini por las divertidas anécdotas sobre su accidentado safari en Kenia, a Davide Morosinotto por sus valiosos consejos, a Giovanna Canzi por sus constantes ánimos y por las soluciones precisas y puntuales.



El joven Larry Mystery, aspirante a detective con una pasión desenfrenada por la tecnología, vivía en un ático en el centro de Londres lleno hasta los topes de extravagancias tecnológicas. No era una persona ordenada, y las piezas de su colección no solían tener un buen final: un reproductor de MP3 helado en el congelador, un ordenador portátil ahogado en la bañera, un mando de videojuegos fundido en el microondas.

Solo un objeto merecía los mayores cuidados: el artefacto especial conocido con el nombre de Eye-Net. Un instrumento muy valioso que la escuela de detectives Eye International daba a sus alumnos.



Un concentrado de aplicaciones futuristas contenido en una carcasa de resistente titanio. El joven londinense lo guardaba colgado en la pared, sobre el sofá, para no perderlo nunca de vista.

También aquella tarde de finales de abril, su mirada se dirigía continuamente hacia el artilugio para comprobar que seguía estando en su sitio. Estaba ocupado revolviendo una vieja radio con las antenas torcidas y, al final, sacó con cuidado todos los circuitos internos y los dejó en el suelo. El pavimento de la sala era una especie de caótico mercadillo de componentes electrónicos, cables, transistores y materiales recuperados de aparatos inútiles.

Eran las dos de la tarde del sábado y el chico acababa de zamparse un bocadillo a toda prisa. ¿Qué era tan urgente?

Aquella última semana había seguido por videoconferencia las clases de Estratagemas y Fugas, una disciplina que describía las técnicas para salir de apuros utilizando únicamente el ingenio y los





instrumentos que se tuvieran a mano. El profesor del curso, cuyo nombre en clave era GC43, había sido rebautizado como MacGyver en honor a la famosa serie de televisión.

Larry se había puesto a estudiar electrónica, dentro de un hervidero de proyectos. Su objetivo del día era grabar las notas de su guitarra eléctrica directamente en el ordenador, conectando el instrumento musical al PC mediante unos circuitos inventados por él.

Terminó las últimas operaciones y abrazó la resplandeciente guitarra roja colocándosela en bandolera con un gesto de rockero.

La conectó al enchufe. Le echó un vistazo de lejos a la pantalla para comprobar las frecuencias y se decidió: colocó la mano sobre las cuerdas y comenzó a tocar un solo de Led Zeppelin.

iii BRANGGGGG!!!

De los altavoces de los amplificadores surgieron unas notas tan potentes que hicieron temblar los



PRÓLOGO



cristales del ático situado en el decimoquinto piso. Flaco y enclenque, Larry salió proyectado por la onda de choque. En su rostro se dibujó una expresión de terror, mientras balbuceaba con un hilo de voz:

—Se... me ha olvi... olvidado apa... apagar el equipo... de música...

Para colmo, unos momentos después se disparó la alarma antisísmica, seguida de unos gritos de pánico. ¡Les había dado un susto de muerte al resto de los inquilinos del Baker Palace!





— ¡Socorro! ¡Tengo que preparar algo rápidamente! — exclamó empujando bajo una mesa todos los cacharros electrónicos—. ¡Si descubren que ha sido culpa mía, estoy perdido! — añadió, preocupado.

Lo tapó todo con una sábana un segundo antes de que empezasen a aporrear la puerta.

— ¡Larry Mystery! — gritó alguien—. Has sido tú. ¡El ruido provenía de aquí!

— ¡Ahora vamos a cobrarnos las cuentas antiguas! — continuó otra persona.

Por la cantidad de voces enojadas que se oían, parecía que en el pasillo se hubiese formado una manifestación de protesta. Larry se arregló rápidamente el pelo despeinado a causa del estruendo y se dirigió hacia la puerta con parsimonia.

— ¿Quién es? — preguntó con un tono inocente. Al otro lado, estalló un coro de quejas.

Colocó la cadena de seguridad y entreabrió la puerta lo justo para ver que allí había al menos veinte personas. Tragó saliva y preguntó:



—¿Ustedes también han oído este horrible terremoto? Hablan de él en todos los telediarios...

—¡No intentes tomarnos el pelo! —lo interrumpió el administrador del edificio, un abogado con el pelo gris y vestido con una americana cruzada del mismo color—. ¡Tu situación solo puede empeorar! —Le plantó delante de la nariz una hoja que tenía toda la pinta de ser una orden de desahucio—. Esta es la última que armas en este edificio, señor Mystery —añadió con severidad.

Las piernas de Larry se volvieron de temblorosa gelatina.

—Pero si... —titubeó— ¡no he hecho nada!

—¡La guitarra eléctrica! —irrumpió la inquilina del piso de abajo, una señora de voz estridente que se dedicaba a las altas finanzas—. ¡Antes de que sonara la alarma, he oído cómo rascabas este instrumento diabólico!

—No he tocado ninguna guitarra. Ni tan siquiera tengo una, ¡créanme!



Más quejas.

— ¡Todo esto son mentiras! ¡El reglamento interno prohíbe los instrumentos musicales! ¡Echémoslo a la calle sin más contemplaciones! —gritaron a coro los habitantes del elegante edificio.

— Necesitamos alguna prueba —intervino el administrador tratando de templar los ánimos—. Si me permite, señor Mystery, me gustaría comprobar personalmente si tiene usted alguna guitarra.

— Naturalmente... Eeeh... Adelante.

El hombre entró e inspeccionó la sala con ojos de ave rapaz.

— ¿Dónde la ha escondido? —gruñó—. ¿Bajo esta sábana?

El joven detective se encogió de hombros.

— Mírelo usted mismo, son circuitos y equipamientos varios. Me dedico a la electrónica avanzada —dijo repantigándose con indiferencia en el sofá. Los blandos cojines de terciopelo disimulaban la forma de la guitarra.



La búsqueda continuó durante unos largos minutos más, pero finalmente el administrador tuvo que rendirse.

—Bien, señor Mystery —declaró, desanimado—. Sin el cuerpo del delito, no puedo interponer ninguna orden de desahucio.

—¿Qué le había dicho? —replicó Larry, burlón, invitándole amablemente a salir del piso sin levantarse siquiera del sofá. Sin embargo, en aquel preciso instante, el EyeNet emitió unos brillos deslumbrantes.

¡Era la señal de que la escuela le confiaba una nueva misión! Larry lo cogió como un rayo, se puso una cazadora y se escabulló entre los inquilinos, que aún seguían quejándose en el rellano. Cuando entró en el ascensor miró la pantalla del artefacto.

—¿Una investigación en Kenia? —gritó.

Por suerte, sabía dónde encontrar rápidamente a su prima Agatha Mystery, su incomparable compañera de aventuras.